

que habia atacado su campo atrincherado. Inferior el español en caballería, se habia atendido á la defensa de sus líneas; mas cuando el enemigo, seguro de la victoria, se acercaba ya á tomarlas, puso en movimiento su infantería, la que rechazó á los asaltadores, y los puso en dispersion, con grande pérdida, habiendo quedado heridos Adolfo de Nassau y el coronel de los ingleses.

Despues de emplear el uso de la mina, que causó bastantes destrozos en los muros de Tournay, trató Alejandro de atacarla por dos partes, habiendo precedido una arenga suya militar, segun acostumbraba en lances de esta clase. Atacaron sus tropas con denuedo, mas no fueron felices en la tentativa. Se hallaba la guarnicion muy animada contra las tropas de Farnesio, y ademas el gobernador, que era un hombre de mucha actividad y de experiencia, no perdonaba medio de sacar utilidad de las buenas disposiciones de los defensores. Por otra parte, se hallaba dentro de la plaza la princesa de Espinois, esposa del gobernador ausente, mujer animosa y esforzada, que corria á los parajes de mas riesgo, animando con su voz y su ejemplo á los soldados. A pesar pues de los ejemplos de Alejandro y de las exhortaciones de los jefes principales, tuvieron que retirarse las tropas del asalto, no pudiendo resistir á la furia de los de adentro, que con armas, con piedras, con materias inflamadas, les causaban grande mortandad, habiendo precipitado á muchos de ellos en el foso. Aunque no fué grande la pérdida del ejército español, la hizo muy considerable el número de los jefes de distincion que quedaron fuera de combate. Salió herido el mismo Alejandro de una pedrada que le dejó por un tiempo sin sentido; mas se restableció pronto con grande alegría de los suyos, que ya le daban por perdido.

Mientras el príncipe de Parma tenia tan cercada la plaza de Tournay, estuvo á pique de perder la de Gravelinas, que fué atacada una noche de improviso por tropas inglesas, y de los confederados, que estaban de inte-

ligencia con parte de las tropas que la guarnecian. Cuando los enemigos llevaban ya escalada la mayor parte de los muros, recibió aviso oportuno el gobernador, y acudió inmediatamente con las tropas fieles. Los asaltadores desistieron del intento, y se alejaron de la plaza, cubiertos con las tinieblas como habian venido. El jefe de los ingleses, llamado Preston, no queriendo acogerse á los buques que los esperaban, tomó con sus tropas el camino de Tournay, con objeto de meterse dentro de la plaza, lo que ejecutó, habiendo tenido la noticia del santo que habian dado aquella noche á las guardias avanzadas. Con este seguro pasó por medio de los enemigos, y entró sin novedad por las puertas de Tournay, sin que lo sospechase nadie. Cuando se supo el engaño y se quiso echar tras de ellos, ya era tarde. Sirvió esta estratagemá para que el príncipe de Parma prohibiese dar ningun santo en adelante, mandando que nadie pasase de un punto á otro durante la noche, sin previo reconocimiento de los puestos avanzados.

A pesar del pequeño refuerzo que recibió la plaza de Tournay; á pesar del desafecto que algunos en el campo español profesaban á la causa de los españoles, lo que se echaba de ver por las inteligencias que tenian con los enemigos, era ya imposible á los de la plaza el sostener por mas tiempo un cerco que los tenia reducidos á los mayores apuros, privándolos de toda comunicacion con los de afuera. Sabian el mal resultado de la intentona sobre Gravelinas, y ademas los inútiles esfuerzos que hacia el príncipe de Espinois para acometer el campo de Alejandro. Ni los esfuerzos del gobernador, ni las persuasiones de la princesa, fueron suficientes para que el vecindario quisiese arrostrar por segunda vez los horrores y consecuencias de un asalto. Fué, pues, preciso rendir la plaza bajo condiciones, que por su poca dureza manifiestan los grandes deseos que animaban al de Parma, de hacerse cuanto mas antes dueño de ella. Se permitió la salida con sus armas á las tropas de la guarnicion, y asimismo á los ve-

cinos que quisiesen llevarse sus efectos; se dejó en libertad de conciencia, mas sin ejercicio público de su culto, á los de la religion reformada que quisiesen permanecer en la ciudad, permitiéndoles en todo caso la salida con sus efectos, en caso de tomar este último partido. Se cumplió la capitulacion con fidelidad por ambas partes; mas los magistrados de la ciudad se quejaron al príncipe de Parma, de que entre los efectos de la princesa, del gobernador y otros principales personajes, iban muchos vasos sagrados y efectos de particulares, que desde el principio del sitio habian sido trasladados á la ciudadela. Así se vió en efecto, cuando por orden de Alejandro fueron registrados los equipajes de las personas ya indicadas. Volvieron los objetos á sus dueños, y esto dió á los magistrados mas facilidad para cubrir los pedidos, que por via de indemnizacion les hizo el príncipe de Parma.

Se tomó la plaza de Tournay en 30 de noviembre de 1581, sin que en todo aquel invierno se hubiese emprendido operacion ninguna de importancia. En la primavera del año 1582 emprendió Alejandro el sitio de Oudenarda, situada sobre el Escalda, que la divide en dos partes casi iguales. Se consideraba entonces como una de las plazas mas fuertes de los Países-Bajos; tanto que el francés Lanoue, uno de sus principales ingenieros, le daba el nombre de segunda Rochela. Se admiró éste, y asimismo el príncipe de Orange, que el de Parma se atreviese á tanto; mas como habian salido errados sus pronósticos cuando el cerco de Tournay, no dudó Alejandro en acometer esta segunda empresa, que produjo para él los mismos resultados que la otra. Algo paralizó sus operaciones de sitio un motin que se suscitó en su campo, promovido por las mismas causas que habian excitado tantos movimientos de esta clase, á saber, el atraso de las pagas. Comenzó la sedicion en el tercio de alemanes, quienes al recibir una mensualidad que se daba á todo el ejército por orden de Alejandro á cuenta de sus alcances, declararon que no la querian

sino doblada, pues así se les debia. Volvieron los rebeldes pronto á su deber por la presencia de ánimo de Alejandro, que corrió á ellos sin tener en cuenta las picas vueltas contra cualquiera que tratase de acercárseles. Llegó el valor del general español á penetrar en medio del tercio y sacar arrastrando á uno de los alféreces y entregarle al preboste para que le ahorcasen al momento, sin que se atreviesen á proferir una palabra los alemanes, atónitos con esta intrepidez y sangre fria. Entonces mandó Alejandro á la caballería que rodease el tercio, é intimó al coronel la orden de que por cada compañía le enviase dos para ser ahorcados al momento. Salieron efectivamente veinte de las filas: con el espectáculo de su suplicio quedaron los demas arrepentidos, é imploraron la misericordia del general en jefe, quien los volvió á su gracia, resignándose los alemanes á recibir el dinero que les estaba destinado. Eran muy frecuentes estos alborotos en el curso de aque las guerras, por los atrasos con que recibian las pagas; mas tambien puede decirse que no pocas veces habia Alejandro sosegado esta clase de alborotos, presentándose solo en medio de los sediciosos, contando siempre con el prestigio que rodeaba su persona.

Sosegada la sedicion volvió Alejandro á las operaciones del sitio de Oudenarda, sirviendo de estímulos á su actividad, por una parte los movimientos que hacian los enemigos para socorrerla, y por la otra la jactancia de estos de que se estrellarian en una plaza tan fuerte todos los esfuerzos del príncipe de Parma. Costó en efecto muchos trabajos á sus tropas el apoderarse de una media luna ó rebellín que los sitiados defendieron con gran tenacidad; pero al fin, apoderados los nuestros de esta obra exterior, tuvieron mas facilidad para atacar el cuerpo de la plaza. Varias salidas hicieron las tropas de su guarnicion, pero sin efecto. Tampoco fueron eficaces en un principio nuestras baterías; pero colocadas despues con mas acierto, abrieron una brecha suficiente para em-

prender la obra del asalto. Hablan los historiadores de un grave peligro que corrió Alejandro durante el sitio, y se cita el hecho para manifestar la gran serenidad que en semejantes lances desplegaba. Hallándose un día á la mesa, acertó una bala de cañon enemiga á dar en su baraca causando la muerte de dos, é hiriendo á muchos de los circunstantes. En medio de la confusion causada por el accidente, sin levantarse Alejandro de su asiento, mandó que removiesen los manteles y platos, ensangrentados todos, y trajesen otros nuevos, diciendo con tranquilidad, que no queria que los enemigos se alabasen nunca de hacerle perder su terreno, cualquiera que fuese la situacion en que se hallase. Sin responder de la autenticidad del hecho, no es inverosímil este rasgo de serenidad en quien manifestaba con tanta frecuencia el buen temple de su ánimo.

Preparadas todas las cosas para el asalto, no quisieron exponerse á sus azares los habitantes de Oudenarda; y aunque las tropas sitiadoras deseaban apoderarse á viva fuerza de la plaza, por la rica presa que les ofrecia, no quiso Alejandro causar la destruccion de la ciudad, y la tomó con capitulaciones parecidas á las de Tournay, imponiendo una contribucion para los gastos de la guerra.

Causó admiracion y llenó de sentimiento á los confederados la toma de una plaza que pasaba por uno de los principales baluartes de los Países-Bajos. Cuando tuvo lugar este suceso, se hallaba á legua y media de distancia el duque de Anjou con fuerzas de socorro; mas retrocedió inmediatamente y tomó la vuelta de Gante, aguardando á cada momento que llegasen á los Países-Bajos nuevas tropas que le enviaba el rey de Francia.

Entraron los españoles en la plaza de Oudenarda por julio de 1582, y en el siguiente mes de agosto se reunieron en su campo las tropas españolas é italianas con que el rey le reforzaba. Ascendia el número de los españoles á cinco mil, y á cuatro mil el de los italianos. Se pusieron los primeros á las órdenes de Cristóbal de

Mondragon, capitan experimentado que habia hecho grandes servicios en aquella guerra, y los segundos á las de Camilo del Monte, bien conocido asimismo en los Países-Bajos. Vinieron en estos tercios gran número de personajes distinguidos, tanto italianos como españoles, en clase de aventureros, á quienes atraia la gran fama que entonces alcanzaba el principe Alejandro. Con muestras de grande alegría fué recibido este socorro por el general español, y en verdad no podia llegar á mejor tiempo. Casi simultáneamente habian entrado en los Países-Bajos las tropas que enviaba el rey de Francia, en número de siete mil infantes y tres mil caballos, á las órdenes del mariscal de Biron y el duque de Montpensier, cuñado del principe de Orange. Y aunque semejante acto de hostilidad hácia el rey de España, no era ya susceptible de paliativo alguno, todavía supieron cubrir las apariencias Enrique III y su madre Catalina de Médicis, haciendo ver que sin su consentimiento se movian estas tropas hácia Flandes. Mas Felipe II, aunque no engañado, dió muestras de serlo, pues en realidad no le convenia declarar la guerra al rey de Francia. Harto mas fatal era para Enrique la encubierta que le hacia, influyendo tan poderosamente en el inmenso partido cuyos principales jefes aspiraban sin duda á destruirle.

Con este refuerzo en los dos campos pasaron adelante las operaciones militares por una y otra parte. Se apoderó el principe Alejandro de las plazas de Menin, Verville, Poperinge, y entró por sorpresa en la de Lira, que aunque no muy fuerte, se hallaba abundantemente abastecida de viveres, municiones y pertrechos militares. Tambien se apoderó de Catau-Cambresis, Clusa, Ninove y Gasbec, mientras el duque de Anjou entraba en algunas plazas insignificantes. Dos choques tuvieron, aunque no de consecuencia, los dos caudillos; uno en San Vinoc, habiendo atacado Alejandro la retaguardia del principe francés, y el segundo en las inmediaciones de Gante,

persiguiendo el de Parma á su enemigo, que se refugiaba en los muros de esta plaza. Era la intencion de Alejandro entrarse en ella al mismo tiempo que sus enemigos, aprovechándose del desorden. Mas los de adentro, apercibidos, tomaron sus precauciones y le hicieron retroceder con pérdida no pequeña, pues entre muertos y heridos tuvo fuera de combate muy cerca de ochocientos hombres.

No estaba por su parte ocioso Francisco Verdugo, que en nombre del rey mandaba en Frisia. Puso sitio á la plaza de Lochen, y aunque la tenia en muy grande apuro y próxima á rendirse, se vió precisado á levantar el sitio, por el refuerzo que el duque de Anjou le envió oportunamente. Fué mas feliz Verdugo en la plaza de Stenowich, que tomó por sorpresa, estando el gobernador y los principales jefes de la guarnicion celebrando un festin por una victoria que habian conseguido algunos dias antes, proporcionándoles el saqueo de un pueblo muy considerable de las inmediaciones. Y mientras estos sucesos ocurrían, intentaron las tropas de los confederados otra sorpresa en la plaza de Lobayna, y que no tuvo efecto, pues euando ya habian escalado y subido á lo alto de los muros, cubiertos con las tinieblas de la noche, acudió la guarnición á tiempo á la voz de su gobernador, repeliendo á los asaltadores con gran pérdida.

Así continuaba la guerra por una y otra parte, siempre con mayores ventajas para el príncipe de Parma, cuando acontecimientos de un orden mas importante vinieron á dar realce al cuadro en cuyo bosquejo nos estamos ocupando.

CAPITULO LII.

Intenta el duque de Anjou hacerse dueño absoluto de los Países-Bajos.--Su ataque infructuoso sobre Amberes.--Resentimiento del país contra los franceses.--Negociaciones del príncipe de Parma con el duque de Anjou.--Infructuosas.--Intenta el príncipe de Orange reconciliar los Estados con el duque de Anjou.--Se retira éste á Dunquerque.--Se apodera el príncipe de Parma de varias plazas.--Batalla de Emistemberg.--Se retira á Francia el duque de Anjou.--Toma Alejandro á Dunquerque y á Newport.--Conquista igualmente otras plazas menos importantes del Brabante.--Pide mas refuerzos al rey y los consigue.--Guerra de Colonia.--Bloquea Alejandro á Iprés, Brujas y Gante.--Se rinden las dos primeras plazas.--Fluctúa la tercera.--Llaman los Estados otra vez al duque de Anjou.--Muerte de este príncipe.--Muerte del príncipe de Orange, asesinado en Delft.--Su carácter.--Le sucede el príncipe Mauricio.--Piden los Estados la protección del rey de Francia.--Negativa.--Acuden á la reina de Inglaterra (1).

1581—1584.

ESTABA desazonado el duque de Anjou por el poco poder que ejercía realmente sobre sus nuevos súbditos. Habían éstos restringido demasiado los límites de su autoridad para halagar la ambición de un príncipe educado en los principios de un gobierno absoluto, y que además se consideraba heredero de una corona tan poderosa como la de Francia. Participaban de sus sentimientos la mayor parte de los jefes franceses que corrían su fortuna, y sus consejos no servían mas que para encender el ánimo de un príncipe inconstante por naturaleza, amigo de novedades, y de ninguna sinceridad en sus palabras. Le decían que los Estados del país habían querido adularle con el vano título de duque de Brabante, sin darle rentas, sin poner castillos ni fortalezas á su devoción, sin conferirle un poder real, pues nada podía hacer el duque de Anjou sin su consentimiento. Que igual suerte

(1) Las mismas autoridades.